ARKADI Y BORÍS STRUGATSKI

# Pícnic extraterrestre

TRADUCCIÓN DE **RAQUEL MARQUÉS**

narrativasextopiso



# Pícnic extraterrestre

Arkadi y Borís Strugatski

Traducción de Raquel Marqués García



sextopiso

El bien [...] debe hacerse a partir del mal [...].
Porque no hay otra cosa con la que hacerlo.

R. P. Warren

## EXTRACTO DE LA ENTREVISTA AL DOCTOR VALENTINE PILLMAN TRAS SER GALARDONADO CON EL PREMIO NOBEL DE FÍSICA DE 19…, REALIZADA POR UN ENVIADO ESPECIAL DE LA RADIO DE HARMONT

*Doctor Pillman, el llamado radiante de Pillman es su primer descubrimiento importante, ¿no es así?*
La verdad es que no. El radiante de Pillman no ha sido mi primer descubrimiento, ni es importante, ni en el fondo es un descubrimiento. Y desde luego no es mío.

*¿Lo dice en serio, doctor? Pero si el radiante de Pillman es un concepto que conocen hasta los colegiales…*
No me sorprende. De hecho, el radiante de Pillman lo descubrió un colegial. Por desgracia no me acuerdo de cómo se llamaba. Consulte la *Historia de la Visitación,* de Stetson; allí está explicado con detalle. El primero en descubrir el radiante fue un colegial y el primero en publicar las coordenadas fue un universitario, pero, no sé por qué, lo bautizaron con mi nombre.

*Sí, a veces pasan cosas sorprendentes con los descubrimientos. ¿Le importaría explicarles a nuestros oyentes…?*
Preste atención, compatriota: el radiante de Pillman es algo muy sencillo. Imagínese una esfera grande que gira y usted le dispara varias veces con un revólver. Los agujeritos se situarán a lo largo de una determinada curva. Lo que usted ha llamado mi primer descubrimiento importante consiste en un hecho bien simple: las seis Zonas de Visitación se disponen en la superficie de nuestro planeta como si se le hubieran disparado

seis tiros desde cierto punto en la línea entre la Tierra y Deneb. Deneb es la estrella alfa de la constelación del Cisne, y el punto del firmamento desde el que se realizaron los disparos, por decirlo así, se llama radiante de Pillman.

*Muchas gracias, doctor. Queridos harmonteses, ¡por fin hemos podido escuchar una explicación clara de lo que es el radiante de Pillman! Por cierto, anteayer se cumplieron trece años del día de la Visitación. Doctor Pillman, ¿querría compartir con nuestros compatriotas unas palabras sobre dicho acontecimiento?*
¿Y qué les gustaría saber exactamente? Piense que yo entonces no estaba en Harmont…

*Razón de más para que les interese saber qué pensó usted cuando su ciudad natal sufrió la invasión de una civilización extraterrestre superior…*
Francamente, lo primero que pensé fue que era un bulo. Costaba imaginar que en nuestra pequeña y vieja Harmont pudiera suceder algo semejante. En Siberia oriental, Uganda o el Atlántico sur, todavía, pero ¿en Harmont?

*Y sin embargo al final tuvo que creérselo.*
Sí, al final sí.

*¿Y entonces?*
De repente me di cuenta de que Harmont y las otras cinco Zonas de Visitación… No, disculpe, entonces solo se sabía de la existencia de cuatro… Bueno, sea como sea, me di cuenta de que todas se encontraban en la misma curva. Calculé las coordenadas del radiante y se las mandé a *Nature.*

*¿Y en ningún momento se preocupó por la suerte de su ciudad natal?*
Mire, entonces yo ya creía en la Visitación, pero lo que no me tragaba eran todos aquellos artículos dantescos que hablaban de barrios en llamas, monstruos que devoraban selectivamente a niños y viejos, batallas sangrientas entre los invulnerables

extraterrestres y las muy vulnerables unidades de los valientes tanques de la corona…

*Y tenía usted razón. Recuerdo que nuestro compañero periodista se confundió en gran medida… Pero volvamos a la ciencia. El descubrimiento del radiante de Pillman fue su primera contribución al estudio de la Visitación, pero no la última, evidentemente…*
La primera y la última.

*Bueno, pero, sin duda, durante todo este tiempo habrá seguido usted con suma atención el desarrollo de las investigaciones internacionales en las Zonas de Visitación…*
Sí… De vez en cuando hojeo los Informes.

*¿Se refiere a los Informes del Instituto Internacional de Culturas Extraterrestres?*
Sí.

*Entonces, según su opinión, ¿cuál ha sido el descubrimiento más importante de estos trece años?*
La Visitación en sí.

*¿Cómo?*
La Visitación en sí es el descubrimiento más importante no solo de los trece últimos años, sino de la historia de la humanidad. No importa tanto quiénes fueran aquellos extraterrestres. No importa de dónde vinieran ni para qué, por qué se quedaron tan poco tiempo ni adónde se marcharon después. Lo que de verdad importa es que ahora la humanidad sabe con certeza que no está sola en el universo. Me temo que el Instituto de Culturas Extraterrestres jamás volverá a hacer un descubrimiento tan fundamental.

*Todo esto es muy interesante, doctor Pillman, pero yo me refería a los descubrimientos de tipo tecnológico, los descubrimientos que puedan resultar de utilidad para la ciencia y la técnica terrestres.*

*Hay una larga serie de eminentes científicos que consideran que los objetos que se están encontrando en las Zonas de Visitación podrían cambiar el curso de la historia.*
Bueno, yo no me cuento entre los que comparten ese punto de vista. Y por lo que respecta a los hallazgos concretos, no soy especialista en ese campo.

*Sin embargo, ya lleva dos años como asesor en la Comisión de la ONU para las Cuestiones de la Visitación…*
Sí. Pero no me dedico al estudio de culturas extraterrestres. En la COCUVI, mis colegas y yo representamos la opinión de la comunidad científica internacional en lo relativo al cumplimiento de la resolución de la ONU sobre la internacionalización de las Zonas de Visitación. Hablando en plata, velamos por que solo el Instituto Internacional disfrute de las maravillas extraterrestres que se obtienen en las Zonas.

*¿Es que alguien más intenta apropiarse de esas maravillas?*
Sí.

*Se refiere a los stalkers, ¿verdad?*
No sé qué es eso.

*Así es como llamamos en Harmont a los jóvenes desesperados que se cuelan en la Zona por su cuenta y riesgo para sacar de allí todo lo que pueden. Se ha convertido en un nuevo oficio.*
Entiendo. Pero no, eso queda fuera de nuestras competencias.

*¡Faltaría más! Para qué si no está la policía. Pero sería interesante saber qué entra exactamente dentro de sus competencias, doctor Pillman…*
Está teniendo lugar una fuga constante de material de las Zonas de Visitación, que va a parar a manos de personas y organizaciones irresponsables. Nosotros nos ocupamos de las consecuencias de esta fuga.

*¿No puede concretar un poquito más, doctor?*
¿Por qué no hablamos mejor de arte? ¿A los oyentes no les interesa mi opinión sobre la incomparable Gvadi Müller?

*¡Oh, por supuesto! Pero antes me gustaría terminar con la ciencia. Como científico, ¿no se siente atraído por el estudio de las maravillas extraterrestres?*
Pues… No sé, quizá.

*Entonces, ¿los harmonteses pueden albergar la esperanza de encontrarse un buen día con su ilustre compatriota paseando por las calles de su ciudad natal?*
Podría ser.

# 1
# REDRICK SCHUHART, 23 AÑOS, SOLTERO, AUXILIAR DE LABORATORIO EN LA FILIAL DE HARMONT DEL INSTITUTO INTERNACIONAL DE CULTURAS EXTRATERRESTRES

El día de antes estamos los dos en el depósito. Es ya por la tarde, solo nos falta quitarnos el mono de trabajo y podemos largarnos al Borch para meternos en el organismo unas gotitas de alcohol. Yo ya he terminado de trabajar y ahí estoy, apoyado en la pared, con un cigarrillo listo en la mano. Me muero de ganas de fumar, hace dos horas que no fumo, pero él sigue ensimismado en sus tesoros: ya tiene una caja de caudales llena, cerrada y sellada, y está llenando otra. Coge vacíos de la cinta transportadora, los inspecciona desde todos los ángulos (pesan lo suyo, los condenados, seis kilos y medio) y con un gruñido los coloca cuidadosamente en la estantería.

Lleva siglos peleándose con los vacíos, y me parece a mí que sin sacar provecho ninguno para la humanidad. En su lugar, hace tiempo que yo los habría mandado al infierno, y por el mismo dinero estaría dedicándome a otra cosa. Aunque, por otro lado, si uno se para a pensarlo, la verdad es que los vacíos son un misterio, algo incomprensible. No sé cuantísimos habré llevado a cuestas, y no importa: cada vez que veo uno, me sorprendo igual. Un vacío solo son dos discos de cobre del tamaño de platillos de café, cada uno de unos cinco milímetros de grosor, separados entre sí unos cuatrocientos milímetros, y salvo esa distancia, no hay nada entre ellos. Nada de nada, el vacío. Puedes pasar la mano por ahí y, si sigues sin creértelo, hasta la cabeza: está vacío, solo hay aire. Pero tiene que haber

algo, por narices que ahí hay algo, una fuerza o lo que sea, porque nadie ha conseguido nunca juntarlos ni separarlos.

Nada, chicos, que es muy difícil describirlo a quien no lo haya visto, aunque en realidad sea una cosa muy simple, sobre todo cuando te acostumbras y al fin acabas por dar crédito a tus ojos. Es como querer describir un vaso o, peor aún, una copa: te pones a mover los dedos y te cagas en todo de la impotencia. Bueno, vamos a suponer que lo entendéis, y si alguien no lo entiende, que coja los Informes del Instituto: en todos los números hay artículos de vacíos con fotografías.

La cuestión es que Kiril lleva peleándose con los vacíos estos casi un año. He estado con él desde el principio, pero todavía sigo sin entender qué espera de ellos, aunque la verdad es que tampoco lo pretendo. Que lo averigüe él primero, que saque agua en claro, y a ver luego qué nos cuenta. Lo único que sé es que se ha propuesto destruir un vacío cueste lo que cueste: corroyéndolo con ácido, machacándolo en una prensa o fundiéndolo en el horno. Y entonces lo entenderá todo, lo cubrirán de honores y aplausos, y la ciencia mundial se estremecerá de gusto. Pero me da que aún falta mucho para eso. Todavía no ha conseguido nada, está agotado, se ha vuelto gris y callado, y se le han puesto ojos de perro enfermo, hasta le lagrimean. A otro ya me habría encargado de ponerlo hasta las cejas de alcohol y lo habría llevado después a casa de una buena chavala que lo espabilara; a la mañana siguiente, más alcohol y otra chavala distinta, y al cabo de una semana estaría como nuevo, con las orejas tiesas y la cola levantada. Pero a Kiril esta medicina no le va; no vale la pena ni proponérselo. No es de esa cuerda.

Así que estábamos en el depósito. Lo miro, veo cómo ha cambiado, cómo se le han hundido los ojos, y me da pena, me muero de la pena. Y entonces decidí decírselo. No, tampoco fue que lo decidiera, fue como si alguien me hubiera tirado de la lengua.

—Oye, Kiril… —le digo.

Tiene el último vacío entre las manos, lo mira con cara de querer meterse dentro.

—¡Kiril! ¿Y si tuvieras un vacío lleno?, ¿eh?

—¿Un vacío lleno? —repite, frunciendo el ceño, como si estuviera hablándole en chino.

—Sí. Esto que llamáis trampa hidromagnética, cómo es…, el objeto 77-B, pero con una cosa dentro, con una mierda azul.

Por fin reaccionó. Levantó la cabeza y me miró con los ojos medio cerrados, y detrás de esas lagrimillas perrunas apareció un destello de inteligencia, como a él mismo le encantaba decir.

—Espera —dice—. ¿Lleno? ¿Cómo que lleno? ¿Lo mismo que esto pero lleno?

—Ajá.

—¿Dónde está?

Ya está, mi Kiril se ha curado. Orejas tiesas y cola levantada.

—Vamos a fumar —le digo.

Le faltó tiempo para dejar el vacío en la caja de caudales, la cerró de un golpe, dio tres vueltas y media a la rueda y volvimos al laboratorio. Por un vacío vacío, Ernest paga cuatrocientos al contado, pero por uno lleno podría chuparle a ese hijo de puta toda su sangre putrefacta; en fin, aunque no os lo creáis, ni se me pasó por la cabeza porque mi Kiril había resucitado, volvía a estar tenso como la cuerda de una guitarra, parecía que hasta sonaba y todo, saltaba los escalones de cuatro en cuatro, no me dejaba ni encenderme el pitillo. Se lo expliqué todo: cómo era, dónde estaba y cuál es la mejor manera de llegar hasta él. Enseguida sacó un mapa, encontró el garaje y le puso un dedo encima. Entonces se quedó mirándome: como era de esperar, me había calado. Tampoco era tan difícil…

—¡Vaya con el tío! —dice, sonriendo—. Venga, tenemos que ir. Mañana mismo por la mañana. A las nueve pido el pase y el chanclo, y a las diez nos dejan salir. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. ¿Y quién va a ser el tercero?

—¿Para qué queremos a un tercero?

—Ah, no. Esto no es un pícnic con chicas. ¿Y si te pasa algo? Es la Zona. Hay que respetar las reglas.

—¡Como quieras! —Sonríe a medias y se encoge de hombros—. Tú eres el experto.

¡No me digas! De todas formas, ha sido un detalle por su parte, lo ha hecho por mí: «No nos hace falta un tercero, vamos los dos solos, lo cogemos a escondidas, nadie sospechará de ti». Solo que yo sé que los del Instituto no van de dos en dos a la Zona. La norma es que dos hagan el trabajo y un tercero mire, para que luego pueda contarlo todo cuando le pregunten.

—Yo escogería a Austin —dice Kiril—. Pero tú no vas a querer, ¿verdad? ¿O no te importa?

—No. Austin de ninguna manera. Ya te lo llevarás otro día.

No es mal chaval, Austin, tiene las cantidades justas de valentía y cobardía, pero en mi opinión ya está condenado. No puedes explicarle a Kiril estas cosas, pero yo lo veo así: el tipo se figura que conoce la Zona al dedillo, que la tiene controlada, así que va a palmarla en cualquier momento. Muy bien. Pero yo no quiero estar allí cuando eso pase.

—De acuerdo —sigue Kiril—. ¿Y Tender?

Tender es su segundo auxiliar de laboratorio. No es mal tío, es tranquilo.

—Es un poco viejo —digo—. Y tiene hijos…

—¿Y qué? Ya ha estado en la Zona.

—Bueno. Que venga Tender.

Al final Kiril se quedó estudiando el mapa y yo tiré rapidito para el Borch porque me moría de hambre y tenía la garganta seca.

Bien. A la mañana siguiente me presento a las nueve, como siempre, y enseño la identificación. En la garita está de guardia el sargento larguirucho al que metí un par de hostias el año pasado, un día que iba borracho y se pasó con Guta.

—Buenas, Pelirrojo. Te buscan por todo el Instituto…

—No me llames Pelirrojo —lo interrumpo con bastante educación—. No te tomes esas confianzas conmigo, escoba sueca.

—¡Santo cielo, Pelirrojo! —dice, asombrado—. Pero si todos te llaman así…

Siempre me pongo nervioso cuando tengo que entrar en la Zona. Además, estoy sobrio. Lo cojo por la bandolera y le explico con todo lujo de detalles qué clase de individuo es y de qué manera lo concibió su madre. Escupe y me devuelve la identificación.

—Redrick Schuhart —dice ya sin ninguna amabilidad—, tiene usted la orden de comparecer inmediatamente ante el autorizado del Departamento de Seguridad, el capitán Herzog.

—Así está mejor. Eso es otra cosa. Sigue por ese camino, sargento, y llegarás a teniente.

Pero me pregunto a qué se debe esta sorpresa. ¿Para qué quiere verme el capitán Herzog en horas de trabajo? Muy bien, voy a verlo. Willy tiene el despacho en el segundo piso, un buen despacho, con rejas en las ventanas, como en las comisarías. Está sentado a la mesa aporreando la máquina de escribir mientras chupetea su pipa. En un rincón, un sargentito rebusca algo en una taquilla metálica. Debe de ser nuevo; no lo conozco. En este Instituto hay más sargentos que en las divisiones, y son todos fuertes, coloradotes, sanguíneos… No tienen que entrar en la Zona y los problemas del mundo les importan un carajo.

—Buenos días —saludo—. ¿Me ha mandado llamar?

Willy me mira como si no me viera, aparta la máquina, coge una carpeta gruesa, se la pone delante y empieza a hojear su contenido.

—¿Redrick Schuhart?

—El mismo —respondo.

No puedo evitar que me parezca gracioso y casi se me escapa una risita nerviosa.

—¿Cuánto hace que trabaja en el Instituto?

—Dos años; este es el tercero.

—¿Tiene familia?

—No. Soy huérfano.

Entonces se gira hacia el sargentito.

—Sargento Lummer —le dice, severo—, vaya al archivo y traiga el expediente número ciento cincuenta.

El sargento se cuadra, saluda y se esfuma, y Willy cierra el cartapacio de golpe.

—¿Otra vez la misma historia? —me pregunta con cara sombría.

—¿Qué historia?

—Ya lo sabes. Ha vuelto a llegarme información.

Así que es eso, pienso.

—¿Y de dónde te ha llegado?

Frunce el ceño y se pone a vaciar la pipa en el cenicero con golpecitos irritados.

—Eso no es de tu incumbencia. Te lo advierto en virtud de nuestra vieja amistad: deja ese asunto, déjalo de una vez por todas. Te echarán el guante por segunda vez y no te caerán solo seis meses. Te expulsarán del Instituto de inmediato y para siempre, ¿entiendes?

—Sí. Claro que lo entiendo. Lo que no entiendo es quién ha sido el cabrón que se ha chivado…

Pero él me mira de nuevo con ojos inexpresivos, chupa la pipa vacía y vuelve a hojear el cartapacio. Eso quiere decir que ya está aquí el sargento Lummer con el expediente número ciento cincuenta.

—Gracias, Schuhart —dice el capitán Willy Herzog, alias el Cebón—. Es todo lo que quería aclarar. Puede marcharse.

Me fui al vestuario, me puse el mono de trabajo y encendí un cigarrillo sin dejar de pensar de dónde habría salido el soplo. Si viene del Instituto, entonces es un bulo, porque aquí nadie sabe ni puede saber nada de mí. Y si ha sido la policía, nada, lo mismo: ¿qué pueden saber ellos, fuera de mis antiguos negocios? ¿Habrán cogido al Buitre? Ese hijo de puta no tiene escrúpulos cuando se trata de salvar el culo. Pero hace tiempo que el Buitre no sabe nada de mí… Después de darle vueltas y más vueltas sin llegar a ninguna conclusión, decidí que me daba igual. La última vez que había ido a la Zona de noche había sido hacía tres meses, y ya había vendido casi todo el botín y me había gastado casi toda la pasta. No me pillaron entonces, así que ahora, menos. Soy una puta anguila.

Pero mientras subía la escalera me vino una idea a la cabeza, y esa idea me dio semejante bofetón que tuve que volver al vestuario, sentarme y encender otro cigarrillo. Resultaba que no podía ir a la Zona. Ni ese día, ni mañana, ni al otro. Esos sapos me tenían otra vez echado el ojo, no se habían olvidado de mí, y si me habían olvidado, alguien había vuelto a recordarles que existo. No importa quién haya sido. Ningún stalker en su sano juicio se acerca a la Zona si sabe que le siguen la pista, ni a punta de pistola. Lo mejor sería que me escondiera en el último rincón. ¿La Zona? ¿Qué Zona? ¡Llevo meses sin pisarla, ni siquiera con pase! ¿No tienen nada mejor que hacer que molestar a un honrado auxiliar de laboratorio?

Seguí cavilando y no me quedé tranquilo hasta que no hube decidido que definitivamente ese día no iría a la Zona. Pero ¿cuál era la manera más delicada de decírselo a Kiril?

—No voy a ir a la Zona —le dije a bocajarro—. ¿Tienes otras instrucciones para mí?

Primero se quedó con la boca abierta, como era de esperar, pero después pareció que lo había captado porque me cogió del codo, me llevó a su despacho y me hizo sentar. Él se encaramó al alféizar de la ventana. Encendimos un cigarrillo cada uno y fumamos en silencio.

—¿Ha pasado algo, Red —me pregunta con cautela.

¿Y qué quiere que le cuente?

—No, no ha pasado nada. Bueno, ayer perdí veinte al póquer. Es bueno con las cartas ese sinvergüenza de Noonan…

—Espera. ¿Qué pasa? ¿Te lo has pensado mejor?

Me puse tan tenso que no pude evitar que se me escapara un gemido.

—No puedo ir —mascullé—. No puedo. ¿Entiendes? Herzog acaba de llamarme a su oficina.

Kiril flaqueó. Volvieron a ponérsele cara de pena y ojos de caniche enfermo. Soltó un suspiro entrecortado y se encendió otro cigarro con la colilla del primero.

—Te juro que no he abierto la boca, Red —dice casi en un susurro.

—Pero ¿qué dices? —salto yo—. Nadie ha hablado de ti.

—Ni siquiera se lo he dicho a Tender todavía. He sacado un pase para él, pero aún no le he preguntado si quiere ir…

Fumo en silencio. No sé si reír o llorar: el tío no entiende nada.

—¿Qué te ha dicho Herzog?

—Pues no mucho. Alguien se ha ido de la lengua, nada más.

Me miró extrañado, bajó del alféizar de un salto y se puso a ir de acá para allá por el despacho. Él va y viene, y yo sigo sentado, echando humo por la boca, sin decir nada. Me da pena, cómo no, y me jode que todo se haya ido a la mierda. ¡Estupenda cura para su melancolía! ¿Y quién tiene la culpa? Yo, nadie más que yo. Primero le enseño el caramelo y luego resulta que el caramelo está escondido y los malos lo vigilan… De repente deja de dar vueltas y se para a mi lado.

—Oye, Red —me dice con torpeza, sin mirarme de frente—, ¿cuánto puede valer un vacío lleno?

Al principio no lo pillé, pensé que quería comprar uno. Pero a saber dónde podía comprarse eso; igual nuestro vacío lleno era el único en el mundo. Además, no le llegaría el dinero. ¿De dónde iba a sacar tanta pasta un científico extranjero, y encima ruso? Y entonces lo entendí, y me sentó como una patada: ¿qué se había creído ese desgraciado?, ¿que yo estaba haciendo todo ese teatrillo por pasta? Ah, cabrón, ¿por quién me tomas? Ya había abierto la boca para llamarlo de todo cuando, de repente, me mordí la lengua. Porque en realidad estaba tomándome por lo que soy. Un stalker es un stalker. Y lo que quiere un stalker es más pasta, siempre más pasta. Nos jugamos el tipo por la pasta. O sea: el día anterior le había echado el anzuelo y hoy tiraba del hilo, subiendo el precio.

Ese pensamiento me deja mudo. Kiril me mira fijamente, sin bajar los ojos, y no veo desprecio en ellos, sino comprensión o algo parecido. Entonces decido explicárselo bien.

—Todavía no ha ido nadie con pase al garaje —le dije con calma—. Todavía no hay ninguna ruta marcada para llegar hasta

allí, ya lo sabes. En cuanto volviéramos, Tender empezaría a presumir de haber ido directamente al garaje, haber cogido lo que necesitábamos y haber vuelto. Igual que si hubiéramos bajado al depósito. Todo el mundo se daría cuenta de que sabíamos exactamente qué íbamos a buscar. Y eso quiere decir que alguien conoce el camino. Y, de nosotros tres, ¿quién es el que tiene más papeletas? Evidente, ¿no? ¿Entiendes lo que me esperaría?

Cuando terminé de hablar, nos miramos a los ojos en silencio. Entonces, de pronto, dio una palmada y se frotó las manos.

—Muy bien, si es que no, es que no —me dice muy animado—. Te entiendo perfectamente, Red, y no puedo juzgarte. Iré yo solo. Con suerte, podré arreglármelas. No será la primera vez que voy…

Extendió el mapa en el alféizar de la ventana, apoyó las manos encima, se inclinó sobre él… y todo su entusiasmo se esfumó.

—Ciento veinte metros… —oigo que farfulla—. Ciento veintidós, tal vez. Y unos cuantos más en el garaje… No, no me llevo a Tender. ¿Tú qué opinas? Mejor que no, ¿verdad? Al fin y al cabo, tiene dos críos…

—No te dejarán pasar a ti solo.

—Ya verás como sí. —Sigue farfullando—. Conozco a todos los sargentos… y a los tenientes. ¡No me gustan nada esos camiones! Llevan trece años ahí a la intemperie y siguen como nuevos. A veinte pasos hay un camión cisterna de combustible que está todo oxidado y con más agujeros que un colador, pero esos parecen recién salidos de fábrica… ¡La Zona es así!

Levantó los ojos del mapa y miró por la ventana. Yo también. Los cristales son gruesos y emplomados, y al otro lado está la madre Zona, casi al alcance de la mano. Desde el decimosegundo piso parece caber en la palma…

A primera vista es un sitio como cualquier otro. El sol brilla ahí como en el resto del mundo. Nada parece haber cambiado: todo está igual que hace trece años. Mi difunto padre

se quedaría mirándola y no le encontraría nada de especial. Todo lo más, preguntaría: ¿Y por qué no sale humo de esa fábrica? ¿Es que están en huelga? Conos de mineral amarillo, altos hornos brillando al sol, raíles, raíles y más raíles, una pequeña locomotora con vagonetas enganchadas, sobre los raíles… En definitiva, un paisaje industrial. Pero sin gente. Ni viva ni muerta. Allí está el garaje: un túnel largo y gris con las puertas abiertas y una explanada de asfalto delante donde descansan los camiones. Trece años llevan ahí, y siguen como si nada. Kiril los ha observado bien, es un tipo con cabeza. Y Dios nos libre de meternos entre dos de esos camiones; hay que rodearlos. En el asfalto hay una grieta, a menos que la hayan cubierto las zarzas. Ciento veintidós metros. ¿Cómo demonios lo habrá calculado? ¡Ah! Habrá empezado a contar desde el último jalón. Es correcto, desde allí no hay más de ciento veintidós metros. Aunque sea poco a poco, estos cerebritos van avanzando… Anda, han jalonado un camino hasta el vertedero, y lo han hecho muy bien. Ahí está el canal donde la diñó el Babosa, solo a dos metros del camino que acaban de trazar. Mira que se lo dijo veces el Huesos al Babosa: «Ten cuidado con esos canales, idiota, o no quedará nada de ti que podamos enterrar…». Y cuando fue a mirar al agua…, no quedaba nada que enterrar. La Zona es así: si vuelves con botín, es un milagro; si vuelves con vida, todo un éxito; si vuelves con una bala de las patrullas, has tenido suerte. El resto es el destino.

Me vuelvo hacia Kiril y veo que me mira de reojo con tal cara que cambio de idea. Que se vayan todos a la mierda, pienso. A fin de cuentas, ¿qué pueden hacer esos sapos? No habría hecho falta que Kiril dijera nada más, pero habló.

—Auxiliar de laboratorio Schuhart: fuentes oficiales, subrayo, oficiales, me han comunicado que una inspección del garaje sería una operación de gran valor científico. Propongo que inspeccionemos el garaje. Y garantizo una prima. —Y sonríe como una rosa de abril.

—¿Y cuáles son esas fuentes oficiales? —le pregunto, sonriendo yo también como un bobo.

—Eso es información confidencial, aunque a usted sí que puedo decírselo… —Se pone serio y frunce el ceño—. Qué sé yo, el doctor Douglas.

—Ah. El doctor Douglas. ¿Y quién es ese?

—Sam Douglas —dice, seco—. Murió el año pasado.

Se me puso la carne de gallina. ¡Pero, hombre!, ¿a quién se le ocurre decir algo así antes de entrar en la Zona? Mira que llegan a ser zoquetes a veces estos cerebritos. No entienden nada… Aplasté la colilla en el cenicero.

—De acuerdo. ¿Dónde está Tender? ¿Vamos a tener que esperarlo mucho rato?

En fin, asunto zanjado. Kiril llamó a las patrullas de reconocimiento y pidió un chanclo volador. Yo cogí el mapa y estudié los trazados. No estaba nada mal. Lo habían hecho a partir de una fotografía tomada desde el aire y muy ampliada. Se veían hasta los surcos del neumático tirado al lado de las puertas del garaje. Ah, ojalá los stalkers tuviéramos un mapa como ese… Aunque de poco nos iba a servir de noche, cuando vas enseñando el culo a las estrellas sin verte ni tus propias manos…

Por fin apareció Tender, colorado y resoplando. Su hija se había puesto enferma y había tenido que ir corriendo a buscar al médico. Se disculpó por el retraso. Y entonces le dimos la sorpresita: nos vamos a la Zona. Al pobre se le cortó el resuello en seco.

—¿Cómo que a la Zona? ¿Y por qué yo?

Pero en cuanto oyó que habría doble prima y que Red Schuhart también iría, se calmó y volvió a respirar.

Después bajamos al boudoir. Kiril fue en un periquete a buscar los pases y se los mostramos a otro sargento, quien nos dio un mono especial a cada uno. Estos monos son lo mejor que hay. Si en vez de rojos los hicieran de otro color más conveniente, cualquier stalker pagaría quinientos con los ojos cerrados por uno. Hace tiempo que me prometí agenciarme uno como fuera. A primera vista no tienen nada de particular: son como trajes de buceo, y el casco tiene una ventana frontal bastante grande. No, en realidad se parecen más a los de los

pilotos de los reactores o a los de los astronautas. Son cómodos, no pesan, no aprietan por ningún sitio y no te hacen sudar. Son resistentes al fuego y el gas no los penetra. Dicen que las balas tampoco. Claro que el fuego, el gas mostaza y las balas son cosas terrestres, humanas. En la Zona no hay nada de eso, en la Zona hay otros peligros. Y no nos engañemos: con mono también caen como moscas. Otro tema es que, si no lo lleváramos, sería mucho peor. Por ejemplo, los monos protegen al cien por cien de la pelusa ardiente. Y de los escupitajos de la col del diablo. En fin.

Nos pusimos nuestros monos. Saqué unas tuercas de mi saquillo y me las metí en el bolsillo de la pernera, y cruzamos el patio del Instituto en dirección a la entrada de la Zona. Lo hacen siempre así, para que todo el mundo vea cómo los héroes de la ciencia ofrecen su vida en el altar de los sacrificios en nombre de la humanidad, el conocimiento y el espíritu santo, amén. Y, desde luego, por todas las ventanas, hasta por el agujero del decimocuarto piso, se asomaban caras compasivas. Solo faltaban los pañuelos blancos ondeando al viento y la banda de música.

—¡Pasos más largos! —le digo a Tender—. ¡Mete la barriga, debilucho! ¡La humanidad te estará eternamente agradecida!

Me mira y veo que no está para bromas. Tiene razón: esto no es ninguna broma. Pero es que antes de entrar en la Zona solo pueden hacerse dos cosas: reír o llorar. Y yo jamás en la vida he llorado. Miré a Kiril. Camina recto, tan tranquilo, aunque mueve un poco los labios, como si estuviera rezando.

—¿Estás rezando? —le pregunto—. ¡Reza, reza! Cuanto más te adentras en la Zona, más cerca estás del cielo…

—¿Qué?

—¡Reza! —grito—. ¡Los stalkers no hacen cola para entrar en el paraíso!

En su cara estalló una sonrisa y me dio una palmada en la espalda, como diciendo: No tengas miedo, conmigo todo irá bien, y si no va bien, no pasa nada, solo se muere una vez. Por Dios bendito, la verdad es que el tipo es gracioso.